

crió Dios tantas maravillas, y vino Jesucristo á ser crucificado. Ofende á la bondad divina, porque no es propio de un padre negar á sus hijos un consuelo, despues de haber atravesado una vida sembrada de penalidades y amarguras. Ofende, por último, á la divina justicia, puesto que si el alma no es inmortal, Dios dejaria de ser justo, porque acá en la tierra suele la virtud hallarse rodeada de aflicciones, al propio tiempo que el vicio se pasea triunfante.

4. Podria ahora añadir, que los que niegan la inmortalidad del alma, no contentos con atacar su dignidad, destruyen el fundamento de las sociedades. Estableced y pregona el principio de que todo para nosotros acaba con el sepulcro, y desde luego el hombre carecerá de resolucion y fuerzas para sacrificar sus malos instintos, y no encontrará obstáculos ni miramientos, que le impidan sacrificar á su capricho á sus semejantes. Estableced y pregona el principio de que no hay una vida futura, y no encontrareis en la tierra virtudes, abnegacion, sacrificios; pero, en cambio, surgirán en todas partes vicios, egoismo, pasiones, robos, adulterios, asesinatos, sacrilegios. Estableced y pregona el principio de que no hay, despues de ésta, una vida eterna, y no habrá quien obedezca á Dios, ni quien obedezca á los hombres; y á su vez la rebelion y la insubordinacion se tendrán, no digo por lícitas, sino aun mas, por gloriosas. Estableced y pregona el principio de que no hay una vida, en la cual el justo y el pecador reciben el premio y el castigo merecidos, y no habrá quien sea fiel á los deberes ni respete los derechos; al propio tiempo que las infracciones de la ley de Dios y de las leyes de los hombres se tendrán por permitidas y aun se calificarán de loables. Estableced y pregona el principio, de que el alma humana ha de volver algun dia á la nada; y los hombres, sociables ahora, se convertirán en mónstruos, serán usurpadores y asesinos en vez de ciudadanos honrados.

Detestad, pues, oyentes, este monstruoso error de la mortalidad de nuestro espíritu; no descuideis el porvenir, que ha de durar tanto como Dios; no olvideis nunca, que se trata, ó de ser eternamente felices, ó eternamente desgraciados. No hay medio entre estos dos destinos. La fe, la razon, la creencia de todos los siglos, todo nos dice, que hay una vida futura, y que si somos justos, seremos en ella felices, y si ahora nos damos al vicio, seremos en ella eternamente desdichados. Vivid, pues, pensando siempre, que os espera una vida eterna, donde la virtud es premiada, y castigado el vicio. Fijad en el cielo vuestras miradas, suspirad por él, y trabajad constantemente para ser un dia felices y dichosos en la bienaventuranza eterna.

ALMA.

(SU GRANDEZA Y EXCELENCIA.)

Deus creavit hominem ad imaginem suam.

Dios crió al hombre á imágen suya.

(Gen. 1, 27.)

La grandeza del hombre está en su alma. ¿Qué cosa, en efecto, es mas noble, mas grande en el mundo, que el poder de pensar, de querer buscar la verdad, el deber y á Dios? ¿Y qué otra cosa es el alma sino es ese poder de pensar, esa capacidad del deber, de la verdad y de Dios? Pero, hermanos míos, esa grandeza del alma, ¿en qué consiste, y dónde se la encuentra? Escuchad al Espíritu Santo, y él os hará saber, que se halla en su origen, y que proviene de su autor.

Hé aquí, que Dios sale de su eterno reposo, que realiza fuera de sí su pensamiento infinito. Él habla, la nada lo oye, la nada se hace fecunda, y el universo es criado. Pero el Arquitecto divino se detiene de repente en medio de su obra, la Trinidad se recoge, se consulta, delibera; se podria creer, que reúne toda la energía criadora para una obra suprema. ¿Para qué esta deliberacion, para qué este consejo? Porque no se trata ya de formar el mundo de los cuerpos. En hora buena, dice Tertuliano, cuando se trataba de los cuerpos, se trataba de esclavos; pero ahora se trata de formar almas, es decir, de hacer criaturas semejantes á Dios, una imágen finita del infinito. Y por eso, ese mismo Dios, que no da mas que una palabra á las creaciones materiales, consagra la reflexion á la creacion de las almas, debiendo honrarse á sí mismo en la criatura sublime, que debia ser la imágen de sus perfecciones divinas en la tierra. *Creavit Deus.*

Esta es la verdadera grandeza del hombre. Toda ella consiste en

reproducir en su alma los caracteres de su divino Autor. Y con efecto; Dios piensa, el alma piensa; Dios quiere, el alma quiere; Dios tiene tres personas distintas en una sola persona, el hombre tiene una esencia doble; y así, por cualquiera parte que se considere, el hombre descubre en sí mismo el reflejo de la naturaleza divina. Y Dios ha grabado tan firme y profundamente su sello en él, que sería, en cierto modo, mas fácil aniquilarse, que borrar la imagen del Criador. *Creavit.*

Esta grandeza, esta excelencia de la parte mas íntima de nosotros mismos, formarán el asunto de este discurso. Yo voy á buscar ante vosotros, hermanos míos, los caracteres de esa semejanza de Dios en nuestras almas. Meditémosla, y esforcémonos por hacer nacer en nuestros corazones sentimientos, que correspondan á la dignidad de nuestra naturaleza. Pidamos las luces del Espíritu Santo, poniendo por intercesora á la bienaventurada Virgen María. A. M.

1. Entre los rasgos diversos de nuestra semejanza con Dios distingo tres principales, que resumen todos los demas. Consisten en una semejanza de naturaleza, una semejanza de accion, y si me atrevo á explicarme así, en una semejanza de destino. Y, en primer lugar, ¿quién es Dios? La fe y la razon nos dicen, que siendo Dios la perfeccion del ser, él es el espíritu, la plenitud del ser; él es infinito; de ahí dos grandes caracteres de la naturaleza divina: la inmensidad y la simplicidad.

Si, esta simple plenitud del sér no puede ser rebajada, no puede ser aumentada por el pensamiento. Él es todo lo que es, ó no es. ¿Pero no retrata nuestra alma visiblemente en su naturaleza esta simplicidad del sér divino? Ved el cuerpo: en él todo es múltiple y complejo. Compónese de elementos que se unen y se separan, de apariencias que se suceden sin fin. En el alma todo es superior á los sentidos y sus operaciones; todo es invisible é impalpable; todo está unido; todo es indivisible en su unidad. Si alguno la quiere dividir, la ve escapársele de sus manos; el que quiere buscar partes en ella, la ve desvanecerse ante sus ojos. Como Dios, pues, es el alma, ella es tal como es, ó no es. *Creavit.*

Hé aquí, hermanos míos, una de las mayores prerogativas del espíritu; tal vez no lo comprendemos bastante; y sobre todo, no le damos toda la importancia que merece. Sin esta simplicidad de nuestro sér, estaríamos á la merced de todas las fuerzas de aquí abajo, á merced de las fuerzas mas brutales y mas abyectas. Si; sin ella no hay criatura sin inteligencia, que no pueda hacernos sentir sus ata-

ques; no hay tirano, que no pueda derribarnos por tierra, como al insecto en el polvo; no hay revolucion, que no pueda hacernos sentir el peso de sus golpes, hasta en lo mas íntimo de nosotros mismos: no hay un solo movimiento de los hombres, que no nos arrebatase alguna parte de nosotros mismos; pero el alma es simple: ella insulta la impotencia del tiempo; ella se rie de la debilidad, de la fuerza; ella pisotea todos los despotismos, despreciándolos; ella conserva su pensamiento libre é independiente en frente de todas las tiranías que hieren y abruman con sus cadenas al cuerpo que la contiene. Las tiranías se aplauden á sí mismas; ellas triunfan y se ensalzan; pero lo que nombran su victoria, es precisamente su derrota; lo que miran como el acto supremo de su poder, es lo que sustrae para siempre al hombre de su dominio. Si; en el momento en que lo creéis vencido, os engaños torpemente, porque él es libre, él sale de vuestros suplicios con mas luz ó mas esperanza que nunca.

Gracias á vosotros, ahora ya no es mas que un espíritu, un alma; él ha penetrado en la eternidad. Y, sin embargo, preciso es decirlo, y con mucho dolor, hermanos míos; en nuestros días hay hombres que se lamentan de esta prerogativa de su sér, que la consideran como una carga, como un suplicio. Mirad en derredor de vosotros, ved cuantos hombres, que absorbidos como están en las preocupaciones de los sentidos, se adhieren á la tierra con amor desesperado, y le dicen: sí, madre mia, hermana mia, conviérteme en materia, como eres tú; sí; ¿cuántos hombres se esfuerzan por descender mas abajo de lo que están, que atormentan su inteligencia para anularse, si es posible, para identificarse en cierto modo con la tierra, de modo, que su asimilacion sea completa, que no pueda establecerse distincion entre ellos, ó, por lo ménos, para que su espíritu se someta al imperio de los sentidos! Pues bien; ese oprobio no les será concedido; gracias á Dios, la naturaleza misma del alma la protege contra esos atentados. Esa será su pena eterna; y al mismo tiempo causa su tormento el haber querido bajar adonde no se ha llegado, el haber querido identificarse inútilmente con la materia, conservando su alma. Y yo os doy gracias, Dios mio, porque dudar que pudierais conceder tal envilecimiento, era dudar de vos, pues que al rebajar vuestra imagen, vuestra grandeza misma sería rebajada.

Lo sé, hermanos míos; esos hombres no se hallan entre vosotros; ¿Dios no lo permita! Pero séame lícito preguntaros: ¿honrais no solo el espíritu en vosotros mismos, pero estimais tambien en su verdadero valor esa noble naturaleza de vuestra alma? ¡Ah! ¡Cuán-

to cuidado teneis de vuestro cuerpo, y qué desden profesais á vuestro espíritu! ¡Qué preocupacion de los sentidos, y qué olvido de la inteligencia! ¡Ah! Nosotros no haremos traicion á vuestra indignidad; nuestro objeto es salvar vuestra grandeza y salvaros á vosotros mismos. No, no; este cuerpo, estos sentidos, son solamente la parte mas pequeña, mas insignificante de vosotros mismos; y vosotros haceis traicion á vuestra propia gloria, y conspirais contra ella. ¿No veis, que esos sentidos son los enemigos mas implacables que tiene vuestra alma; que los sentidos son los que la sacan fuera de sí misma? ¿Quién trabaja por atraerla, por corromperla y mezclarla con las cosas mundanas; quién abre las puertas á los cálculos mas groseros; quién subleva las pasiones; quién pone en pié todo vano fantasma sino los sentidos? ¿Quién la hace caer de su altura; quién la arrastra á las fáciles pendientes por donde se desliza todos los dias; quién la lleva y la seduce con los placeres de la carne? Los sentidos, los sentidos siempre.

Hé aquí, pues, el primero y el mas pernicioso enemigo del alma; y por una razon contraria, Jesucristo es el amigo verdadero del alma cuando ordena, que se sacrifiquen los sentidos, que se pierdan antes que logren pervertir el espíritu. Escuchad, pues, su voz, y cumplid sus preceptos. Nosotros somos hombres, es cierto; pero obedeciendo á Jesucristo nos elevaremos y nos sostendremos á la altura de nuestra alma.

Dios es simple; pero Dios es también inmenso. ¿A dónde huir, decia antiguamente el Profeta, para evitar vuestro poder, Dios mio? Yo bajo al abismo, y vos estais allí; yo subo á los cielos, y tambien estais vos en ellos; yo huyo al último confin del mundo, y vos siempre estais allí y en todas partes. Sí; donde hay un sér, una existencia, una criatura, donde hay vida, allí está Dios. La nada es únicamente la que no lo posee, porque la nada es la negacion del sér, de la existencia, de la vida. Indudablemente, hermanos míos, nuestra alma no puede llegar á esa infinidad; simple criatura, sus límites están marcados, y este cuerpo, al que se halla unida, viene á encerrarla mas todavía en la esfera reducida en que se mueve. Pero el alma posee la facultad, el poder de pensar, y el pensamiento le da esa infinidad, que le rehusan su naturaleza y las pasiones de este cuerpo que la tiene cautiva. Héla ahí; ella se despierta, ella se anima, y sus percepciones no tienen límites. Ella se crea para sí misma espacios incommensurables, sin salir de los límites de su sér, como quien se pasea en los dominios de su naturaleza. Ella abarca el universo, y lo abarca con un solo pensamiento. Tan pronto ella visita al amigo, que

le disputa la ausencia; ella lo contempla, ella lo escucha, ella le habla desde las mas lejanas playas. Tan pronto penetra en la eternidad como en tierra que le es conocida y que le pertenece; ella rehusa, ella pide á la muerte el sér querido que le ha arrebatado, y en aquella eternidad aun se apodera de aquel que llora; ella va á unirse al que era en la tierra objeto de su ternura.

El pensamiento no ve un abismo que sea para él insondable; el infinito no tiene tinieblas que no aclare, sin que lo puedan impedir los siglos; él anima las cenizas frias; él saca del sepulcro á las generaciones pasadas; él restituye la vida á cuanto ha devorado la muerte; él hace hablar de nuevo, ver y obrar á lo que ha visto, hablado y obrado; y del mismo modo que la tumba no tiene losa que él no levante, la nada tampoco le resiste; él trae á la vida las generaciones venideras; él las contempla, él las ama, él trabaja, él sufre por ellas; él goza por anticipacion del porvenir que les prepara con sus trabajos; en fin, el mismo Dios, á pesar de su inaccesibilidad, no se libra de sus ardientes investigaciones. Sí, Dios mio, ocultaos detras de las nubes, retiraos al seno de vuestra gloria, sumergíos, si es posible, á las profundidades de vuestro sér; mi alma extiende sus alas, y coje el vuelo; las criaturas y la tierra desaparecen de su lado, cruza los espacios, el velo se rasga, la region purísima del sér y de la vida se ostenta; yo veo, yo oigo á los ángeles, yo me presento á vosotros, yo lanzo el grito de mi esperanza y de mi amor, y digo: Dios mio, hé aquí tu imágen; hé aquí tu criatura.

Y este no es mas que un lado de la inmensidad de nuestra alma; no solo puede abarcar con el pensamiento desde el mas miserable de los séres hasta el mismo Dios, sino que nada en el mundo, excepto Dios, es capaz de satisfacerla. No, no; dejaria de ser la imágen del Criador, si alguna cosa en el mundo fuese capaz de satisfacerla. ¡Observadla! ¡Qué inquietud en su inteligencia! ¡Qué generosa aspiracion en su corazon hecho para conocer y capaz de conocer la verdad! ¡Podriais decirme, qué ciencia la llena, qué verdad discutida y asentada, una vez admitida en su entendimiento, puede saciarla? Vosotros creéis que la ciencia va á llenar sus abismos; os engañais; lo que hace es extenderlos mas y mas. A fuerza de aprender, el alma no pierde el deseo de conocer; por el contrario, cada vez ambiciona con mas ardor nuevos conocimientos; por mas que recorre el mundo en todas direcciones, á cada paso que da, el espacio se extiende y huye; ella avanza, se acerca y cree tocar ese ideal cuya imágen lleva en sí misma; pero tambien esta ficcion ha retrocedido y se ha ocul-

tado en las profundidades del horizonte. Lo mismo que sucede con el espíritu sucede con el cuerpo. De una necesidad satisfecha, renacen como por encanto otras necesidades; el deseo satisfecho se excita con la satisfaccion misma del deseo precedente; y el haber gozado es una razon para gozar mas. La conciencia de su inmensidad no permite al alma el reposarse aquí abajo y el dormir sobre la tierra. Para engañar sus propios deseos, va á buscar en la variedad y en la multiplicidad de los bienes creados, yo no sé qué falsa imágen de ese infinito á que ella aspira. Por mas que esas decepciones de todas las horas la convezan de la desproporcion que existe entre el mundo entero y su propio corazon, ella no cesa de repetir: Yo no sé qué necesidad siento de hallar una realidad ideal. La experiencia viene á convencerla de la inutilidad de sus investigaciones; en aquel caso, se apodera de ella un fastidio profundo, invencible, un enojo intolerable contra este mundo, que no le ofrece nunca mas que lo finito. Le parece, que no es vivir el no gozar y poseer la plenitud de los bienes. Esa es la prueba de su naturaleza semi-divina; y así debia de ser, Dios mio, puesto que habeis impreso el sello de vuestra imágen en el alma del hombre. Hé aquí el primer signo de la semejanza del alma con Dios: Dios es espíritu, y el alma es espíritu.

3. Consideremos ahora otras dos semejanzas; una semejanza de accion y una semejanza de destino. Para las inteligencias concienzudas, buscar la semejanza del sér de Dios con el hombre, es buscar la semejanza de sus voluntades. Ahora bien; ¿cuál es el carácter supremo de la voluntad divina? Es la libertad. Si, hermanos míos; Dios es libre, y ciertamente no puede ser de otro modo. Dueño de todos los séres, él los tiene pendientes sobre la nada; por consiguiente, todo depende de él. Él posee en sí mismo la voluntad suprema, y es claro, que no existe en él necesidad inútil y dominante, sino es la necesidad del amor infinito que se profesa. Por lo demas, al sacar el mundo de la nada, no gana ni adquiere ventaja alguna; si lo sumerge en la nada, tampoco pierde. Su independencia es la doble independencia de la soberanía absoluta y de la beatitud infinita.

Dios es libre; ¿pero acaso no reflejará el alma esa libertad de su Criador? Sin duda; ella está bajo la mano de Dios, y bajo el influjo de su cuerpo, que recibe la accion de todo lo que le rodea; y, sin embargo, el alma es de tal suerte dueña de sí misma, que ni el Criador ni la criatura no tienen ningun ascendiente en su voluntad sin el consentimiento de su voluntad propia. Es verdad, que se ha negado y que se niega todos los dias esta gloriosa libertad del

alma; pero yo no os haré la injuria de demostrársela. Y, en efecto; ¿qué poder del cielo ó de la tierra puede avasallar la voluntad de un alma, si no cede ella la primera, y si no se entrega, cediendo? La fuerza puede ciertamente intimidarla; el placer puede seducirla por las caricias; la fortuna, el poder, la gloria, la ambicion pueden tentarla con el brillante prestigio del mando, la fama, los goces y la satisfaccion del orgullo; todo eso puede atacarla, pero nada puede vencerla si ella quiere resistir; y aun cuando ella cede, se doblega al impulso de su propia voluntad, nunca se pliega bajo los esfuerzos de una criatura. Pero siempre es un acto soberano, aunque sea un acto infortunado de su voluntad. Proclamémoslo muy alto, porque esa es la mejor de nuestras glorias; el hombre no depende de nada de cuanto lo rodea; todos los esfuerzos de la tierra son impotentes contra él; y si se recoge dentro de su espíritu, ¿quién penetrará en tal atrincheramiento?

Él no depende del placer; él ha podido entregarle una via de su corazon; pero siempre que quiera, podrá desalojarlo de él; pudiendo decir: partid, porque no os conozco. Él no depende de la fortuna; él ha podido ir en pos de los goces y de las criaturas, juntamente con sus riquezas, porque hay criaturas y goces que se dan á precio de oro; pero que la humanidad alce la voz, y al instante va á desprenderse de lo que tiene para satisfacer el hambre del indigente.

El poder halaga indudablemente su orgullo; pero que la cruz hable, y él sufrirá con paciencia todas las adversidades; pudiendo quizá mandar, se contemplará feliz de obedecer, cuando pugne por su patria y por su Dios. Él no depende de la gloria, pero la gloria podrá deslumbrarlo: que la cruz hable, y al momento rechazará indignado los miserables homenajes de la adulacion. Ese mismo cuerpo, hermanos míos, que nos parece que solo forma uno con ella, ese cuerpo que le está tan íntimamente unido, que el alma no puede sin dolores agudos verlo herir; ese cuerpo no ha recibido poder para ofender su libre arbitrio. Con la gracia de Dios, pero tambien con su voluntad, podrá hacerse dueña absoluta y ejercer la mas ilimitada dominacion sobre él; ella puede convertirlo no solamente en esclavo, sino en víctima; ella dispone de él con tan extenso imperio, que le impone los mayores sacrificios, el dolor de los sentidos y la muerte, todo cuanto ella exige por su fe, su amor, todo cuanto ella necesita en servicio de Dios y el suyo propio.

Y no se diga, que tal vez ese hombre encuentra en él alguna voluntad fatal ó imaginaria, y que en el fondo de su sér lleva su fuerza y su valor; eso no es ni puede ser. Cierto, que el hombre ha

caído por una culpa original; él ha pervertido su sér, ha corrompido sus costumbres; él ha dirigido hácia la tierra los movimientos de su sér, que lo impelian hácia el cielo; su naturaleza está viciada, su voluntad está debilitada, su energía para el bien es menor; pero le queda toda su libertad completa; y esos mismos males de la caída son, en un sentido, mas que el abatimiento el triunfo de su voluntad. Es indudable, que el hombre necesita los auxilios de Dios; ¿y cómo podría ser de otra suerte? ¿No tiene necesidad de Dios para vivir, pensar y obrar? ¿Qué extraño es, que necesite que Dios lo guíe, que Dios lo ayude á vencer y elevarse sobre sí misma para llegar al heroísmo y la virtud? Pero con este auxilio divino, el hombre lo puede todo contra y sobre sí; en vano las pasiones se empeñan en atraerlo para rechazarlo despues lleno de heridas; en vano le amenazan sus inclinaciones con hacerlo pedazos; el alma combate, el alma sufre, el alma se mutila en cierto modo; pero el alma triunfa, y antes que ceder, sufriría hasta en sus mas insignificantes sensaciones. Y aun cuando hubiese cedido y obedecido al cuerpo, aun quedaria en libertad de romper sus ligaduras, como ha sido dueña de sopor-tarlas; y tal es su inviolable é invencible libertad, que Dios mismo, ese Dios que la tiene bajo su mano, de suerte, que la acompaña de la voluntad á la accion, Dios respeta ese poder.

Si, Dios mio, yo cederé sin duda, porque en ello se cifra mi gloria y mi felicidad; pero al ceder ante vos, ejerzo mi voluntad; vos sereis el Señor, pero lo sereis en mi provecho; vos reinareis, pero yo formaré vuestro imperio; vos podeis todo, pero yo querré todo lo que vos podeis; vuestro triunfo será el de mi alma, como ella es el triunfo de vuestro poder, y hasta en la dependencia del deber, hasta en la servidumbre, en la santa servidumbre de la virtud, hallaré toda la gloria y toda la grandeza de mi libertad. ¡Divina libertad! Yo os doy gracias, Dios mio, por haberme concedido tan precioso don; sin ella no poseeria el libre arbitrio: yo seria como una planta, planta por la voluntad de mi Criador; y sin contribuir en lo mas mínimo á mi propia gloria, antes bien ligado á ella, yo veria, bajo las miradas de mi Dios, abrirse mi voluntad para el bien, como se abre la flor sobre su vástago bajo el influjo de los calientes rayos del sol. Recibiéndolo todo de Dios, seria incapaz de devolverle nada. Pero Dios no ha querido condenarnos á esta observancia forzosa de la virtud; él nos ha hecho libres; él se honra con nuestros homenajes, pero quiere deberlos á nuestra voluntad; él no nos impone la virtud, sino que quiere que sea obra nuestra, que constituya nuestro mérito; él quiere que podamos llegar por nosotros mismos á esa felicidad

eterna, que nos ha sido prometida, y que debe de ser conquistada por el ejercicio de nuestra libertad. Respetémosla, pues, hermanos míos, guardémosla preciosamente; conservemos esa libertad, que es una de las glorias mas bellas de nuestra alma. La libertad exterior, es cierto, no depende de nosotros; ella está sujeta á todas las injusticias y á todas las pasiones de la tierra: sí; los hombres pueden arrebatarme la libertad de la palabra, la libertad de mi accion exterior, la libertad de mi cuerpo; pero jamas me robarán la libertad de mi alma, mi independencia moral, porque esa está dentro de mí. Sin mí, á pesar mio, no le será lícito á ninguna criatura el privarme de ella, no le será posible. Quedémonos lo que Dios nos ha hecho: él nos ha hecho libres, y nunca debemos convertirnos en esclavos.

4. Por fin, la última semejanza, que voy á tratar en breves palabras, es una semejanza de destino. La fe y la razon nos dicen, que Dios es el Sér Eterno; todas las generaciones salen de él; ellas no se llevan nada de su sér; todas las generaciones vuelven á él sin que le añadan nada. Sobre el tiempo, antes del tiempo, siempre antiguo, siempre nuevo, superior á todo lo que el pensamiento y el alma pueden concebir, todo lo que puedo decir es, que él es, que jamas ha sido ni será. Esta palabra resume su vida: ¡él es! Simple criatura, el hombre no tiene en sí esa eternidad de la vida; pero desde que ha sido unido al original divino, cuya imágen representa, desde ese dia se ha hecho inmortal. Indudablemente, con el pensamiento toca de mas cerca á la nada de donde ha salido; pero aunque siguiera toda la série de los tiempos que puede imaginar el pensamiento humano, nunca apereibiria, ni aun de lejos, el sepulcro donde debe venir á parar.

No os probaré literalmente, hermanos míos, esta vida eterna de vuestra alma; Dios ha apoyado bastante sólidamente la esperanza en su palabra y su promesa; nuestro Señor Jesucristo le ha prestado un testimonio bastante decisivo, viniendo á morir por ella; ciertamente, Dios como es, no hubiera venido á sacrificar su vida por lo que debe ir á apagarse un dia en un sepulcro. Ademas, el hombre no necesita mas que consultarse, y encontrará la garantía de su duracion en su naturaleza, y el testimonio de su destino en esa imágen de Dios que lleva consigo. ¡Y qué! Dios mio, lo que ha recibido la honra de vuestra semejanza ¿se perderia entre la corrupcion y el fango? ¡Cómo! ¿Cesaria de vivir lo que es la imágen de vuestra vida? ¡Cómo! Lo que os contempla ¿iria á morir en un sepulcro? ¡Cómo! Lo que os ha amado ¿se helaria con el frio eterno de la muerte? Es imposible: lo que se ha unido á vos, Dios mio, es eternamente sa-

grado. La muerte es impotente; vos pereceriais, en cierto modo, en una parte de vos mismo, si dejáseis perecer lo que os ha poseído por medio del pensamiento, del deseo y del alma. Sí; el pensamiento, donde Dios ha vivido, es inmortal, y nuestra alma lo conoce; ella lo sabe, y por eso guarda en lo mas íntimo de ella misma la fe de su inmortal porvenir. Contempladla; ella no vive aquí bajo sino entre ruinas; ella no encuentra mas que vestigios mortales; ella ve como unas generaciones empujan á las otras, á la manera que las olas se empujan para ir á morir en el inmenso oceáno. Ella ve á las ciudades desplomarse en su presencia; ella ve á los imperios caer en ruinas los unos sobre los otros; ella ve desaparecer las naciones; arrebatadas por el soplo de los tiempos; y en medio de tanto estrago y desolacion descubre un porvenir inextinguible. No hay que hablarle de la nada, porque le irrita; hay cierta cosa que le dice, que la nada es impotente, y que el sepulcro no puede ser su patria eterna; y hasta cuando lucha con la muerte, en esa lucha terrible, que le roba el tiempo que nunca ha de volver, ella no pierde la conciencia ni la fe sublime de su destino. Sí; al paso que todo concluye en el mundo para ella, oye dentro de sí un grito de gloria suprema, y se consuela diciendo, que puede muy bien cerrar los ojos al sol del tiempo, porque va á abrirlos para siempre al sol de la eternidad.

Así, pues, hermanos míos, aunque la muerte triunfe, aunque el espíritu parezca vencido, aunque toda esperanza terrenal se desvanezca, y aunque el alma vea á cada instante, que se le disputa su inmortal porvenir, una hora sonará, que ha de colocar las cosas en su verdadero lugar, y que vengará la humillacion del espíritu. Ved hoy: apenas si el hombre vive algunas horas; la muerte visita indistintamente todas las edades. Sesenta siglos hace, que la naturaleza renueva la implacable juventud de su existencia en la muerte; sesenta siglos hace, que el hombre atraviesa la tierra para poblarla de ruinas y cubirla de sepulcros. ¿Qué digo? ¡Oh miseria de nuestro poder! ¡Oh debilidad de nuestra fuerza! Nosotros comunicamos una vida á la materia, una duracion que nos rehusamos á nosotros mismos; todos los días levantamos monumentos ante los cuales pasamos, maravillados con la obra de nuestras manos, y, sin embargo, apenas hemos recibido la primera injuria del tiempo, la tumba nos reclama, y ni el sepulcro sabe siquiera conservar la memoria de nuestro nombre. Pero un día vendrá, que ha de vengar el insulto que la materia ha hecho al espíritu; una hora llegará, en que una revolucion ha de barrer las obras de la fuerza, ha de derribar á la ma-

teria, sepultándola en sus propias ruinas. ¿Y quién sobrevivirá cuando todo lo demas sea vencido? ¿Quién quedará en pié, cuando todo se desplome y pase? ¿Quién? El hombre. Sí, hermanos míos, el hombre, que no cambiará; el hombre, que no tendrá ya nada que temer de Dios; el hombre, que entrará en la plenitud, en toda la plenitud de la vida; el hombre, que poseerá en una sola hora todas las horas, todos los años, todos los siglos, si es que hay horas, años y siglos en el seno de Dios. Yo os doy gracias, Dios mío, por el destino que me habeis dado: que el discípulo del siglo se una, por decirlo así, á esta tierra por medio de todas sus fibras con la firmeza con que se une el árbol por sus raíces; pero nosotros diremos con el Apóstol, que la muerte no es nada, ó por mejor decir, que ella encierra todas nuestras esperanzas. ¡Yo os saludo, rayos eternos; yo te saludo, sol de la ciudad de los espíritus; yo te saludo, verdadera patria de las almas, donde la vida se alimenta y bebe en su verdadera fuente! ¡Oh muerte! ¿Dónde está ahora tu triunfo? Tu triunfo se ha convertido en gloria mía; bajo tus golpes, mi alma no hace mas que transfigurarse como el insecto, que sale de su cubierta y se lanza á la atmósfera ansioso de luz y de vida. Yo te abandono, yo te arrojo, oh muerte en sudario; yo me lanzo con todo el esplendor del pensamiento á través de las sombras y de los sepulcros, y á mi vez vuelo también hácia mi Dios y hácia la eternidad.

Esta es, hermanos míos, la grandeza del alma, espíritu como Dios, libre como Dios, inmortal como Dios; en esta semejanza divina consiste toda su belleza. Esa belleza, hermanos míos, ha cautivado de tal manera el corazón de un Dios, que él ha abandonado el cielo, ha bajado á la tierra, y viendo esta alma desfigurada por las pasiones, ha querido renovarla con su sangre. Y cuando ha debido remontarse á los cielos, ha depositado su amor en el corazón de su Iglesia, siendo ésta, diez y ocho siglos hace, la heredera del amor de Dios á sus hermanos. Si quereis, pues, ser agradables á Dios, tened compasion de vuestra alma. Vosotros teneis piedad del desterrado de la tierra natal, que arrastra una vida de miseria y desolacion; pues bien: vuestra alma es un culpable que vive separada de los ángeles, que son sus hermanos; separada de Dios que es su padre; ella aguarda que la muerte rompa los lazos de su cautividad; ella os suplica que la consoleis; ¡piedad! ¡piedad! ¿No tendreis piedad de su destierro, en nombre de Dios? Vosotros compadeceis al cautivo que implora por la luz y la libertad; ¿y qué otra cosa es vuestra alma sino una cautiva presa en los lazos del cuerpo macerado y herido con el choque de sus pasiones? Ella os pide que la restituysais